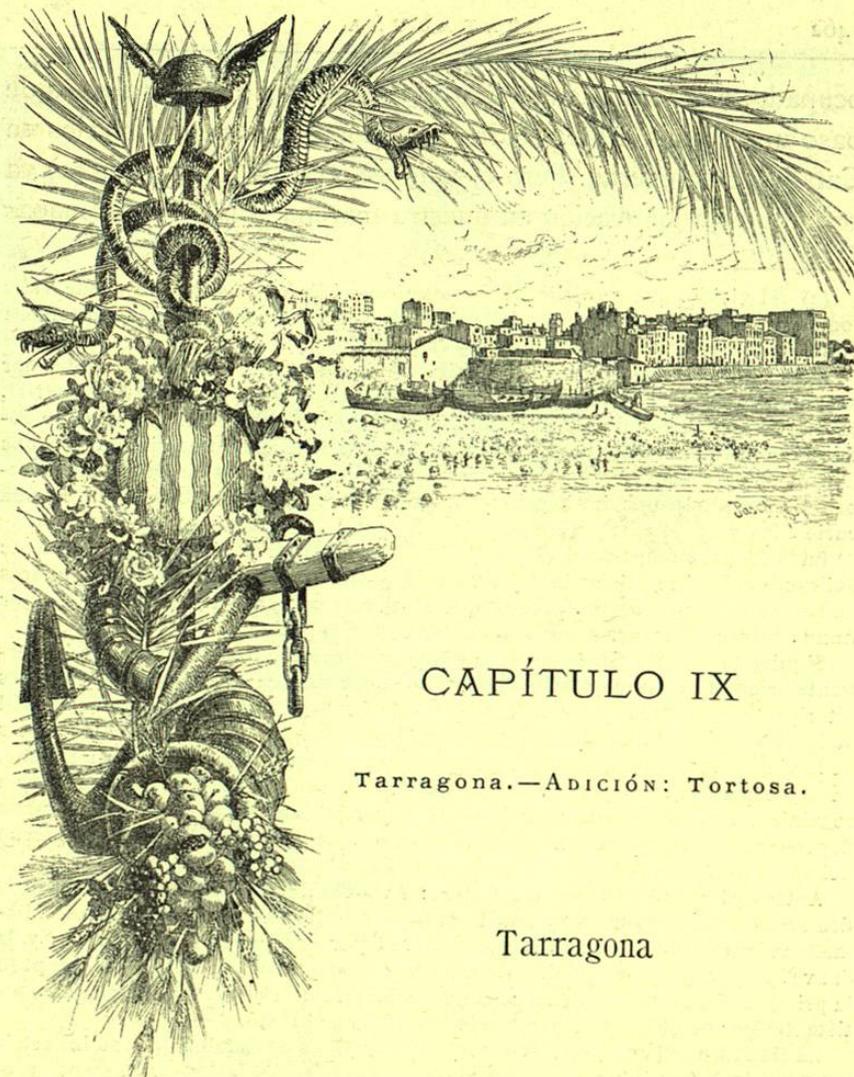


hombre que acababa de darle preponderancia, reuniendo bajo la sombra del claustro caballeros de las más nobles familias; tenía á San Bernardo, cuya reforma de la regla de San Benito iba encontrando eco en todos los tronos de Europa. Circunstancias tan favorables y tan felizmente reunidas no podían dejar de producir cosas grandes y grandes monumentos: los monasterios de Poblet y Santas Creus no deben ser considerados sino como su resultado inmediato y espontáneo. Llevan impreso en sí el sello del reinado de Berenguer IV y el del imperio de la Iglesia. Son los trofeos levantados en el vasto campo de batalla en que cayeron Lérida y Tortosa; la manifestación del poder cristiano en el siglo XII; los laureles concedidos á la Iglesia por el último conde de Barcelona y recogidos por los discípulos del patriarca San Bernardo.



CAPÍTULO IX

Tarragona.—ADICIÓN: Tortosa.

Tarragona

DESPUÉS de recorrer el lector con cierta detención las precedentes páginas (a), si ha notado el plan general que en la historia de las poblaciones seguimos, y observado cuán escasas noticias hemos dado de las dominaciones anteriores á la invasión de los godos; extraño le parecerá que, dejando para luégo mencionar los acontecimientos de la circunferencia de la Edad media, en cierto modo únicos que hasta ahora nos han

(a) Esta monografía se hallaba en la primitiva edición en el tomo primero.

ocupado, nos remontemos á la antigüedad romana, y demos de paso una ojeada á las oscuras tradiciones que de los fenicios en Cataluña perseveran. Pero el nombre solo de Tarragona (a) ya reclama esta innovación en nuestra marcha; sus torres romanas

(a) El viajero que se dirija de Santas Creus á Tarragona, puede desde Valls tomar la carretera que va á aquella ciudad, ó el ferro-carril *directo* que enlaza en la Plana con el de Lérida á Reus y Tarragona.

Escogiendo este último camino, visitará algunas poblaciones interesantes por sus monumentos y recuerdos. Ante todo en VALLS, ciudad populosa é industrial, verá la iglesia parroquial de San Juan Bautista, compuesta de una vasta nave gótica; y podrá contemplar en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario unos anchos lienzos de pared cubiertos de azulejos que representan la batalla de Lepanto, trabajo hecho, según una inscripción allí existente, en 4 de Mayo de 1634. Es una curiosidad muy notable y digna de ser conservada.

En la Plana, situada en el valle del Francolí, se presentará á sus ojos el puente del camino de hierro llamado de la *Rochela*, formado por dos elevadísimos pilares de barras de hierro entrecruzadas, que sostienen un largo tramo en celosía por donde corren los trenes como suspendidos en el espacio.

Siguiendo la línea férrea desde la Plana en dirección á Reus, recorrerá la vertiente oriental de las montañas de Prades, sobre uno de cuyos profundos valles interiores se asentaba en un elevado risco el famoso *castillo de Ciurana*, y más al sud se levanta cual gigantesca muralla el *Montserrat*, que tiene á sus piés las ruinas de la vieja cartuja de SCALA-DEI, primera casa de esta orden fundada en España, en el siglo XII (1163) por D. Alfonso el Casto. Tenía este cenobio una iglesia románica, completamente transformada por restauraciones posteriores, varias dependencias adornadas con valiosas pinturas, y tres claustros, el más moderno del año 1403.

Antes de llegar á Reus se encuentran: ALCOVER, población que tiene toda la fisonomía de la Edad media y cuenta entre sus edificios una pequeña iglesia, llamada vulgarmente la *mezquita*, que recuerda por sus líneas el arte árabe; y la SELVA, villa cuya parroquial se debe al célebre arquitecto catalán *Blay*, que puso la primera piedra de la misma á 10 de Noviembre de 1582, asociado con otro artista *Amigó*; de quienes se habla más adelante en el texto.

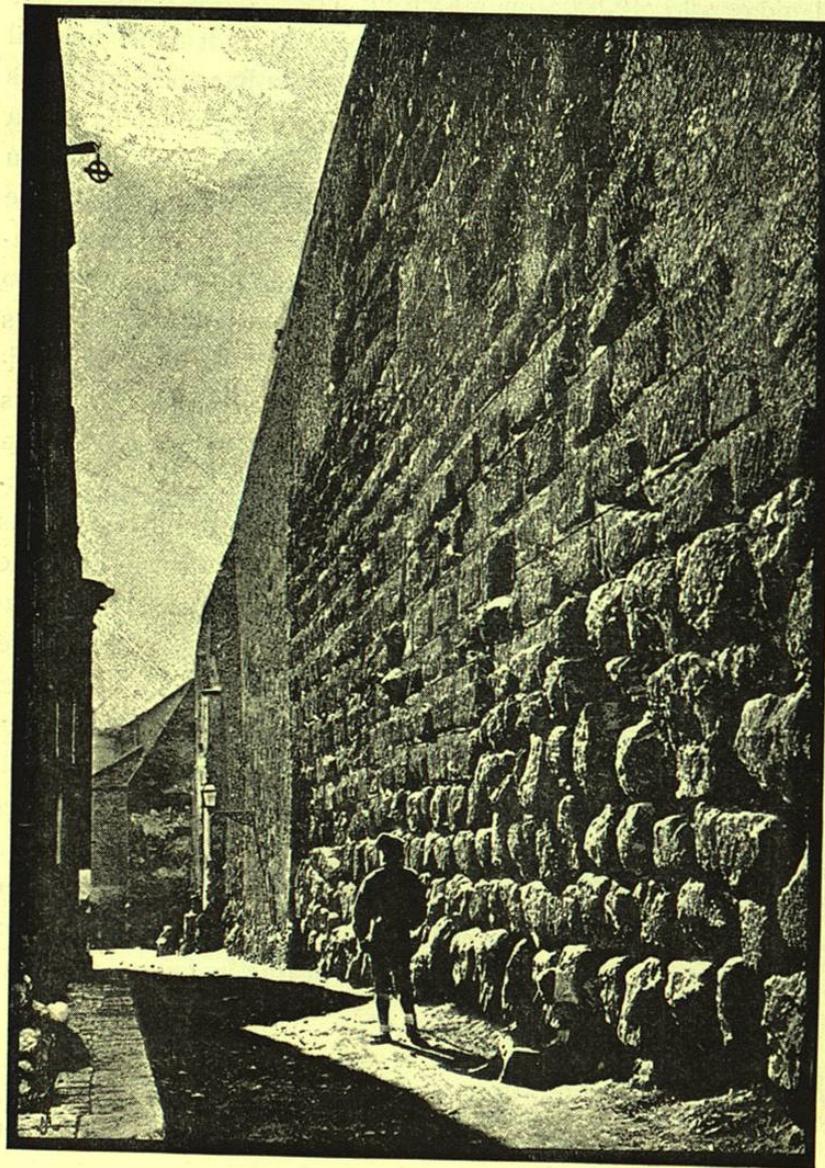
La ciudad de REUS es una de las más importantes de Cataluña por su industria y comercio y por la vida que le dan su numerosa población y constante progreso. La circunstancia de ser de fundación relativamente moderna, ya que no se remonta más allá del siglo XII, después de la reconquista de Tarragona, hace que no abunden en ella los monumentos antiguos; pudiéndose señalar, (aparte las Casas Consistoriales, edificio de orden compuesto cuya fachada de sillería se empezó en 1601,) la iglesia parroquial de San Pedro. Pertenece esta iglesia al último período del estilo ojival, pues que se construyó desde 1512 hasta muy adelantada la centuria. Forma una ancha y desahogada nave con capillas laterales y ventanaje en la parte superior. Tiene adosado el campanario de gran elevación y esbeltez, formando bello juego las líneas de sus pisos superiores con miradores flanqueados de contrafuertes y el agudo chapitel que le sirve de remate.

Cercano á la ciudad hay la ermita ó santuario de la Virgen de Misericordia, vasto edificio de mediados del siglo XVII, constituido por una nave de regulares dimensiones con un pequeño crucero y cúpula central. Tiene el templo un camarín que es un ejemplar del estilo barroco, notable por su riqueza y buena



CATALUÑA — Labrador del campo de Tarragona

CATALUÑA

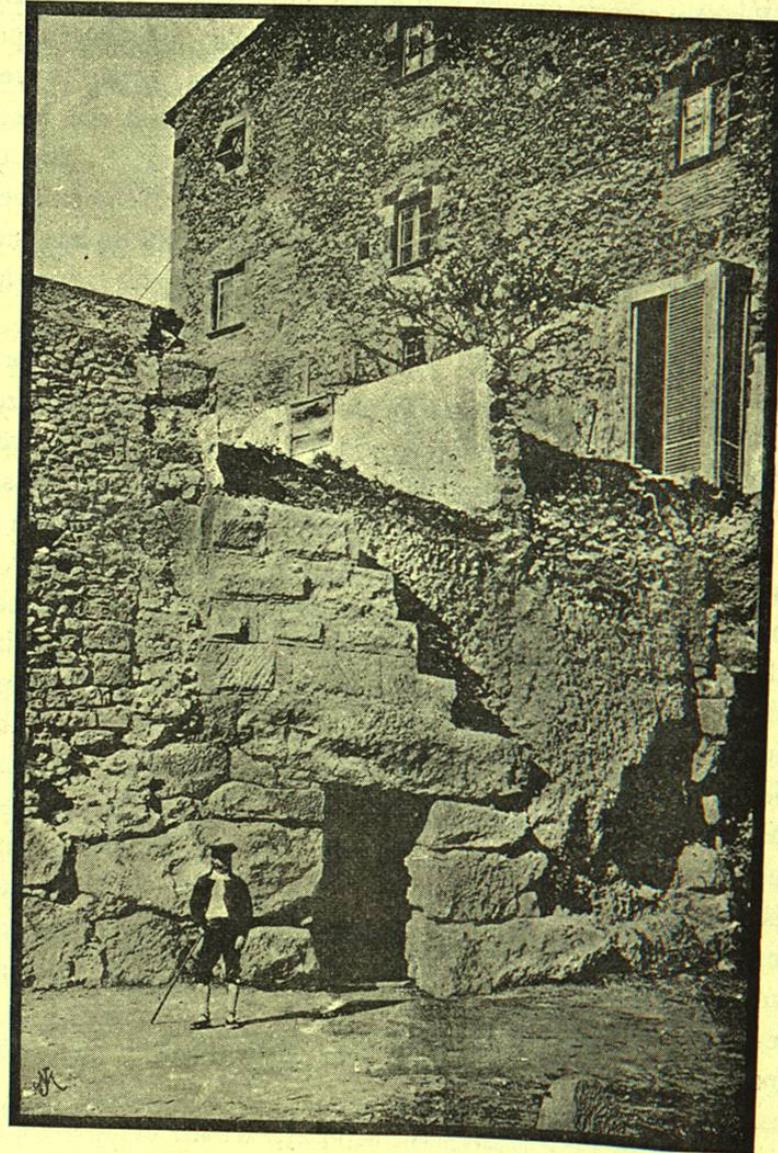


TARRAGONA.—MUROS CICLÓPEOS

aún se levantan con orgullo sobre la colina; en los destrozos de sus monumentos cobijase hoy toda una ciudad, y sus centenares de lápidas sólo el altivo idioma latino hablan á los ojos. Si por la pasión que dominó en la vida de un hombre decimos que tal fué su carácter, y de ella como de un centro hacemos partir los motivos de sus acciones; ¿por qué la vida de los pueblos no ha de apreciarse por su dominación principal, por la época de su esplendor y grandeza? No tuvo Tarragona ligeras galeras que paseasen en su nombre las barras catalanas por el Mediterráneo, pero dura la fama de su puerto romano, el más celebrado entonces en toda esta costa; sesudos y reposados consellers nunca se reunieron en ella en espacioso salón para dictar códigos á los navegantes, ó para tratar con las primeras potencias marítimas de la Edad media, pero su nombre fué el de toda la mitad de España romana, y á ella, como á la cabeza y metrópoli de tan vasta provincia, acudían los embajadores de los distintos pueblos á celebrar los *conventos*, que frecuentemente presidió la majestad de los emperadores. Pregúntese por Tarragona gótica, y exceptuando un templo grande y suntuoso, sólo restos paganos contestarán á la pregunta, mientras á la voz del anticuario poblárase el contorno de flámines, pretores, presidentes, legionarios, todos vestidos á la romana, todos ostentando sendas túnicas, y todos con su *nomen y cognomen*. ¿Por qué pues pediríamos á esa ciudad lo que no tiene, por qué exigiríamos á su historia que fuese lo que no es? Presentemos más bien en resumen el cuadro de la verdadera Tarragona, de Tarragona residencia de los Césares en España, ya que los tiempos poste-

proporción. Trabajaron en la ornamentación de este santuario los célebres pintores Juncosa y también José Franquet, naturales todos del Priorato, que formaban en aquella época uno de los núcleos más notables de artistas que en este ramo había en el Principado.

La línea férrea, al partir de Reus, describe una extensa curva, para tocar en Vilaseca y saludar el histórico Salou, tan poético por sus recuerdos como por las brillantes perspectivas de sus suaves playas, hasta llegar, finalmente, á las puertas de la monumental Tarragona.



TARRAGONA.—PUERTA CICLÓPEA

riores sólo fueron para ella tiempos de lenta agonía y total decadencia.

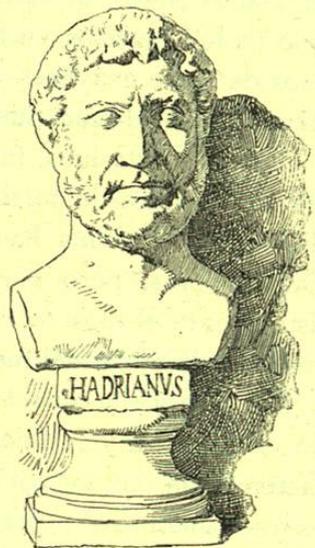
Buena y segura prueba son de su antigüedad las pretensiones de casi todos los cronistas para hacerla fundada ya por Tubal, ya por uno de sus hijos, ya por Hércules, padre universal de la mayor parte de las ciudades de este litoral del Mediterráneo, ya por el griego Teucro, ó por Tarracón, rey de Egipto. Respetando tan opuestas opiniones y tan remotos personajes, atribuiremos á otro su fundación, y en ello no haremos más que conformarnos con lo que de esta ciudad han escrito los críticos más juiciosos.

Estancada la civilización oriental en Egipto, un pueblo corto y reducido se encargó de pasear por ignoradas playas el tizón ardiente de aquella, y fiando sus vidas á sus numerosas naves, hundióse allá en los mares del oriente, mientras otras de sus flotas visitaban el occidente é iban á dejar monumentos de su poder adonde sólo á fuerza de sangre logró después sentar su dominio el águila romana: empresas gigantescas y portentosas, esfuerzos del fenicio (a), pueblo de mercaderes, foco de civilización, que con todo ni tuvo una historia que conservase verdadera y exacta la relación de sus hechos. Al cruzar por esta parte del Mediterráneo, ¿cómo no debió de llamar su atención aquella vasta bahía, aquella magnífica curva que forma la tierra en el golfo de Salou? Y si su curiosidad ó su afición á los descubrimientos les atrajo hasta la orilla; la fertilidad del terreno, la hermosura de la situación, todo debió de convidarles á amarrar los buques, y á echar allí los cimientos de una colonia. Al punto cuidaron de fijar los límites de la nueva población; subieron á lo alto de una colina, regada por un lado por el Francolí, y dominando

(a) Es muy de alabar la parsimonia de Piferrer al tratar de los orígenes de Tarragona, sobre los cuales, á pesar de los nuevos trabajos históricos, nada definitivo puede decirse. Con todo no es posible atribuir á la invasión fenicia la fundación de una ciudad cuyos muros ciclópeos, cuyos trabajos trogloditas y cuyas monedas ibéricas con la inscripción *Cose*, revelan una antigüedad tan remota que aún no ha podido precisarse.

enteramente el campo; y alineando y amontonando con cierto arte grosero y gigantesco inmensos pedruscos sin cal ni otra argamasa, dieron la primera idea de arquitectura civil y militar á aquellos salvajes españoles, que tal vez seducidos por las artes y maneras de los navegantes de Tiro cooperaron con sus propias manos á levantar el edificio de su servidumbre, del mismo modo que, tras dilatados siglos, otros españoles debían imitar á su vez el ejemplo de los Fenicios en las primeras islas de la América. Dos trozos de peña mayores que los demás, colocados á alguna distancia, y otro que puesto horizontalmente apoyaba encima de ellos sus extremos, fueron la puerta de la nueva ciudad al oriente, y la línea de fortificación siguió coronando la altura de la escarpada colina hacia el norte. Toscas son en verdad semejantes obras, pero muy fecundas en observaciones para el artista y para el filósofo. Contempladas desde el borde del ancho foso por la parte del fuerte del Olivo, hieren vivísimamente la imaginación aquellas enormes masas cenicientas, que tantos siglos han visto pasar, y el ánimo quisiera descifrar aquellos mudos caracteres con que un pueblo perdido ya en la noche de los tiempos trazó una breve expresión de sus adelantos y de su fuerza. Corrían por entonces los años de 933 antes de Cristo, y tanto progresó la nueva población, que ya pocos siglos después mereció que un historiador griego, Eratostenes, mencionase sus grandezas y floreciente estado. Á la dominación fenicia sucedió la cartaginesa, si es que rigurosamente hablando pueda existir tan marcada diferencia entre ambas; mas aunque la última no tuvo tan largo asiento en la España Tarraconense como en la Bética, pudo Tarragona hacer alarde de sus fuerzas reforzando con sus guerreros el ejército de Aníbal, cuando el año 216 antes de Cristo marchó á llevar el espanto á las puertas de Roma. Pero empeñada la lucha entre los dos colosos, la infeliz España debía ser sangriento campo de sus querellas, sin que de la victoria de uno ú otro le redundase más que servidumbre bajo un nuevo amo. Vino á Cataluña Gneo Escipión, que

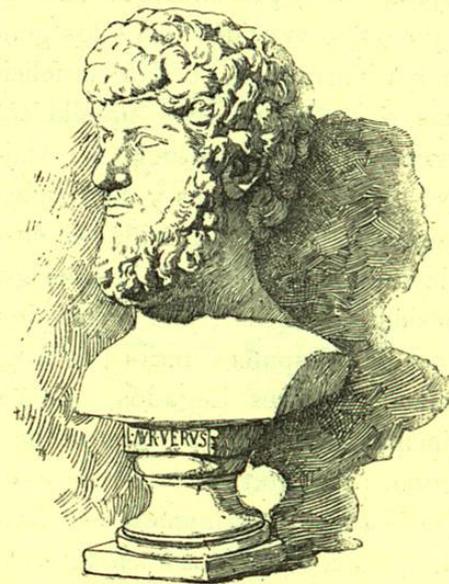
fué bajando con su ejército desde Ampurias hasta el Ebro, conciliándose á su paso la amistad de los pueblos, y fijando de ordinario su asiento en Tarragona. Desde entonces quedó constituida cabeza de las posesiones romanas en España, cobrando nuevo esplendor con los despojos de los vencidos cartagineses, al paso que el amor de los Escipiones, que sucesivamente man-



TARRAGONA.—BUSTO DE ADRIANO
(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

daron en Cataluña, la fué fortificando y embelleciendo, hasta hacerla respetar como supremo alcázar de las armas romanas. No despreció la orgullosa república los informes y bajos muros que erigió la antigüedad fenicia, y considerándolos base firmísima y durable sentó sobre ellos las bien trabajadas fortificaciones latinas; como si quisiese presentarse á la posteridad cual heredera directa del depósito del saber y progreso que habían poseído los de Tiro, alzándose sobre sus ruinas para que las dos diversas fábricas, al poner en cotejo lo informe y colosal de la antigua y lo perfecto de la nueva, manifestasen cuánto había crecido el depósito en sus manos. Larga y terrible fué la lucha

entre Cartago y Roma, y harto sabido es su éxito para que intentemos ahora presentar una relación de semejantes acontecimientos. Considerando los romanos la importancia de la posesión de la ciudad que nos ocupa, más de cien años antes de Cristo le concedieron el fuero y los honores de colonia, con que acabó de acomodarse á los usos de la república, apellidándose



TARRAGONA.—BUSTO DE LUCIO AURELIO VERO
(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

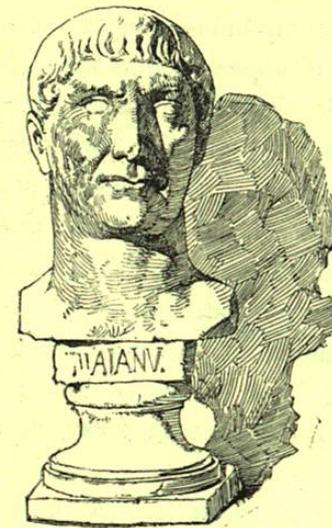
Togada, y engrandeciéndose con mejores muros, nuevas fábricas y monumentos públicos, cual á su nuevo rango correspondía. Pero Roma republicana iba labrando su propia ruina por las manos de sus hijos, y las sangrientas divisiones entre Mario y Sila fueron el prelude de su disolución. En aquella terrible coyuntura, los capitanes de ambos diéronse, por decirlo así, cita en el teatro de todas las cuestiones extranjeras, en la España, y sucumbiendo por fin la causa de Mario, siguió Tarragona la suerte de las demás ciudades; mas poco duró su descanso, pues ni estaba tan apagado el reciente fuego, que no debiese volver

á encenderse muy pronto, ni la funesta guerra civil que estalló entre Pompeyo y César era tal, que no hiciese entrar en sus planes la infeliz España, donde se dieron las batallas más sangrientas. Siguió la ciudad al principio el bando de Pompeyo; pero á fuer de cortesana de la metrópoli, al vislumbrar que la fortuna favorecía las armas de Julio, creyó no sería importuno enviarle respetuosa embajada que le presentase su homenaje. Agradeció César la fineza; y cuando vencidos todos los generales de Pompeyo vino por mar á Tarragona, recibió las felicitaciones de los enviados de varias ciudades, y honró aquella con los dictados de *Julia y Victrix*, continuando luégo su viaje hasta Cádiz, repartiendo en su tránsito honores y dignidades, y recibiendo, si no miente la historia, grandes cantidades en dinero. ¿Á qué referir ahora el levantamiento de los hijos del gran Pompeyo y su derrota, el asesinato de César, y la venida de Octavio? Constituido el gobierno de la España Citerior por Augusto, repartido el territorio al mando de tres Legados, que á su vez estaban ligados á un principal Prefecto ó Propretor, de ordinario residente en Tarragona, ¿qué interés nos ofrece esa serie de emperadores, esa larga historia de crímenes, ese libro de la agonía de una sociedad, que, como Baltasar en su festín, se embriagó de impuro placer al resplandor del incendio que la devoraba, y corrió á su muerte entre los báquicos alaridos de la orgía? Pero entonces creció Tarragona en esplendor y opulencia, y los destrozos de sus monumentos reclaman por algunos instantes nuestra atención.

Vasta y muy considerable era su extensión entonces; dilatábase la población por toda la pendiente occidental de la colina, hoy desierta, hasta bañar sus muros en las aguas del río *Tulcis*, ahora muy distante y llamado Francolí (a); seguía luégo guarneciendo la falda meridional hasta mirarse en el azulado espejo

(a) El muro antiguo que llegaba cerca de este río tenía seis varas y media de anchura, todo de construcción ciclópea.

del Mediterráneo, y bien demuestran su grandeza y magnificencia las preciosidades encontradas en las excavaciones que por aquella parte se practican. Al oriente, en la hondonada que hace el terreno sobre el presidio, estaban los baños (a), y no lejos de allí, la meseta que hay desde el baluarte de Cervantes hasta la puerta de San Juan contenía los templos. En lo más



TARRAGONA. — BUSTO DE TRAJANO
(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

bajo é inmediato al mar de esta cuesta oriental, en una hoyada

(a) Posteriormente á la época en que este texto se escribía y con motivo de la construcción del Gasómetro y de la abertura de la calle del mismo nombre y otras contiguas, se han encontrado los restos de un grandioso *Gimnasio y termas romanas*. Era un vasto edificio colocado sobre la colina que mira por el mediodía al mar, entre la actual iglesia de Capuchinos y la Puerta de Lérida. Tenía en la parte posterior un gran espacio á manera de parterre, adornado de pórticos y estatuas para los ejercicios gimnásticos y estaba flanqueado por los templos de Minerva y de Venus cuya existencia ha quedado comprobada. Entre los restos que han salido á la luz con estas excavaciones, hanse encontrado fragmentos de magníficas estatuas, vasos, armas, pedestales con inscripciones, monedas, etc., que han aumentado y enriquecido las preciosidades del Museo Arqueológico Provincial establecido en la propia ciudad.

HERNÁNDEZ SANAHUJA (Buenaventura): *Excavaciones en las ruinas del Gimnasio y de las termas romanas en Tarragona*. (Opúsculo publicado en el «Boletín-revista del Ateneo Tarraconense de la clase obrera» 1884.)